

El jardín del paraíso de **Hans Christian Andersen**

MARÍA SANZ

Hans Christian Andersen (1805-1875), escritor y poeta danés, es el autor de conocidos cuentos de hadas como *El patito feo*, *La sirenita* y *El abeto*. *El Jardín del Paraíso* es otro cuento surgido de su fantasía. No siendo de los más populares, incorporaremos un breve resumen para analizarlo, centrándonos en la resolución del Edipo presente en la historia, tras lo cual lo relacionaremos con ciertos aspectos de su biografía.

Jesús González Requena, en su artículo "El texto: tres registros y una dimensión"¹, sostiene: "*El precio de la constitución –simbólica– del sujeto, de su acceso al ser, es, pues, la prohibición del incesto, la prohibición, a partir de un momento dado, de la fusión especular con el objeto. Se trata, propiamente, del paso por la castración: el sujeto nace de cierto desgarro, el de la pérdida de la totalidad, el del fin de la completitud narcisista*".

¹ GONZÁLEZ REQUENA, Jesús: "El texto: tres registros y una dimensión", en *Trama y Fondo*, nº1, Madrid, 1996, p. 27.

¿Es posible la constitución simbólica del sujeto, su salida del narcisismo, cuando no hay un tercero que nombre la prohibición del incesto? Esta pregunta será la hipótesis de trabajo a partir de la cual realizaremos el análisis del cuento, tomando como fundamentos teóricos los conceptos que en el citado artículo se desarrollan.

Comencemos con el resumen de *El Jardín del Paraíso*².

Érase una vez un príncipe, hijo de un rey, el cual poseía hermosos libros donde leía cuanto sucede en el mundo, todo sobre pueblos y países, pero nada acerca del lugar donde se hallaba el Paraíso Terrenal. Y éste era el objeto de sus pensamientos.

² Este resumen se basa en la traducción para la edición impresa de Ed. Labor de FRANCISCO PAYAROLS, 1959.

Su abuelita, de muy niño, le había contado que las flores del Paraíso eran pasteles, que una flor contenía toda la Historia, otra la Geografía y bastaba con comerse el pastel y se sabía uno la lección. De niño lo había

creído, mas cuando se hizo mayor comprendió que la belleza y magnificencia del Paraíso Terrenal debían ser de otro género.

“¡Ay! –decía–. ¿Por qué se le ocurriría a Eva comer del árbol de la ciencia del bien y del mal? ¿Por qué probó Adán la fruta prohibida? Lo que es yo no lo hubiera hecho, y el mundo jamás habría conocido el pecado”.

Y así repetía cuando tuvo ya cumplidos diecisiete años. El Paraíso absorbía todos sus pensamientos.

Un día se fue solo al bosque. Se hizo de noche y comenzó a diluviar. Caminaba empapado, resbalando y tropezando, se sentía casi al límite de sus fuerzas, cuando se encontró delante de una gran cueva iluminada.

En su centro ardía una hoguera y allí se encontraba una mujer anciana, pero alta y robusta, cual si se tratase de un hombre disfrazado, sentada junto al fuego. Le invitó a acercarse y secarse sus ropas. La mujer le dijo que se encontraba en la gruta de los vientos, sus hijos eran los cuatro vientos de la Tierra. La anciana le pareció muy brusca. Ella le dijo que debía ser dura, si quería mantener a sus hijos disciplinados. Para dominarlos, a su orden, no tienen más remedio que meterse en el saco. Y allí se están, sin poder salir, hasta que a ella le da la gana.

Fueron llegando sus hijos. El primero el viento del Norte. Vestía calzones y chaqueta de piel de oso. La anciana le preguntó de dónde venía y dónde había estado. Venía de los mares polares y le contó todo lo que había hecho allí. Después llegó el viento de Poniente. Tenía aspecto salvaje. Había estado en las selvas vírgenes y narró todo lo que en ellas hizo. Se presentó luego el viento del Sur, con turbante y una holgada túnica de beduino. Su madre le hizo la misma pregunta que a los otros. Contó que venía de Africa. La historia del viento del Sur no fue del gusto de su madre y le metió en el saco. Mientras el prisionero se revolvía en el suelo llegó el viento de Levante, vestido como un chino. Al verle vestido así su madre se sorprendió pues pensaba que había estado en el Paraíso. El viento le respondió que iría al día siguiente, pues haría cien años que lo visitó por última vez. Y que ahora venía de la China. Tras contar su historia, hablaron del viaje al Paraíso. El viento de Levante le pidió que sacara a su hermano del saco, para que le hablara del Ave Fénix, pues cada vez que va al jardín del Edén, de siglo en siglo, la princesa le pregunta acerca de ella. La anciana aceptó y abrió el saco.

El viento del Sur entregó al viento de Levante una hoja de palma para la princesa, se la había dado el Ave Fénix, en ella había escrito con el pico

toda su biografía, una vida de cien años. Tras lo cual, delante de él, se prendió fuego y de su huevo, que yacía ardiente en medio, salió un polluelo volando, ahora la única Ave Fénix del mundo. Quien de un picotazo hizo un agujero en la hoja de palma, su saludo para la princesa.

El príncipe se hizo amigo del viento de Levante y le preguntó por la Princesa y dónde estaba el Paraíso. El viento le invitó a ir con él. Le contó que ningún hombre estuvo allí desde los tiempos de Adán y Eva. Cuando fueron expulsados, el Paraíso se hundió en la tierra, conservando toda su magnificencia. Allí reside la Reina de las hadas y en él está la Isla de Bienaventuranza, a la que jamás llega la muerte y donde todo es espléndido.

Al día siguiente el príncipe se despertó sentado en el dorso del viento de Levante, volando sobre las nubes. Tras volar sobre Asia, se hundieron en un enorme abismo. Poco después apareció ante ellos el Jardín del Paraíso.

Llegó el Hada del Paraíso. Su vestido relucía al sol. Era joven, hermosa y su rostro era como el de una tierna madre contemplando a su hijo. El viento de levante le entregó la hoja escrita del Ave Fénix, y al verla los ojos del Hada brillaron de alegría.

Tomando al príncipe de la mano lo condujo a su palacio. El Hada, siempre sonriente, le llevó a una espaciosa sala, cuyas paredes estaban adornadas por retratos de millones de bienaventurados, que sonreían y cantaban. En el centro de la sala se levantaba un corpulento árbol de frondosas ramas colgantes. Era el árbol de la ciencia del bien y del mal.

El príncipe se sentía feliz y preguntó al Hada si se podía quedar para siempre. Ella le respondió que eso dependía de él. Si no caía en la tentación, como Adán, de hacer lo que se le prohíba, podría quedarse. Podría quedarse cien años, hasta que regresara el viento de Levante, ese tiempo para él pasarían como cien horas. Mucho tiempo, para resistir a la tentación y al pecado.

“Cada noche –le dijo– cuando me separe de ti, te llamaré: “Ven conmigo”. Te haré señas, pero no debes seguirme. No vengas, pues a cada paso que des, tu afán será más fuerte; entrarás en la sala donde crece el árbol de la ciencia del bien y del mal. Yo duermo bajo su colgantes ramas; te inclinarás sobre mí y tendré que sonreírte; pero si me besas en la boca, se hundirá el Paraíso y lo habrás perdido. Serán tu herencia la aflicción y el sufrimiento”. El príncipe decidió quedarse. El viento de Levante se fue, animándole a que fuera fuerte.

El Hada le dijo que ahora comenzarían las danzas, después, cuando hubiera bailado con ella, a la puesta del sol, verá que le hará signos y le oirá gritarle: *"Ven conmigo"*. Le sugirió que se guardase de hacerlo. Por cien años repetiría la misma escena todas las noches.

Cuando se puso el sol, vio abrirse el fondo de la sala y aparecer el árbol del bien y del mal; llegaba de él un canto dulce y delicioso, como de la voz de su madre, y parecióle que decía: *"Hijo mío, hijo mío querido"*.

Entonces le llamó el Hada, cariñosa: *"¡Ven conmigo, ven conmigo!"*. El príncipe se precipitó a su encuentro, olvidándose de su promesa, mientras ella no cesaba de hacerle señas y sonreírle. Desde la sala donde crecía el árbol, millones de cabecitas sonrientes le saludaban cantando: *"¡Hay que conocerlo todo! ¡El hombre es el señor de la Tierra! ¡Ven! ¡Ven!"*. A cada paso sentía el príncipe mayor ardor en sus mejillas y más violencia en el movimiento de su sangre. *"¡No puedo evitarlo! -dijo-. No es pecado. No puede serlo. ¿Por qué no seguir a la belleza y al placer? Quiero verla dormida. Nada se perderá con tal que no la bese, y eso si que no lo haré: soy fuerte, y mi voluntad es firme"*.

El Hada se quitó el vestido y, apartando las ramas, quedó oculta tras ellas. *"Todavía no he pecado, y no quiero hacerlo"* -le dijo el príncipe. Y separó las ramas. Ella dormía ya, bellísima. Sonreía en sueños. Se inclinó sobre ella y vio lágrimas entre sus párpados. Comprendió la felicidad del Paraíso, y la fuerza de la vida eterna. Se dijo que aunque tuviera que pagarlo con la noche perpetua, un instante como ese lo compensaba con creces. Y besó las lágrimas de sus ojos, y sus labios se posaron en los del Hada.

Retumbó entonces un trueno y todo se desplomó; la hermosa Hada y el esplendente Paraíso se hundieron lentamente. El príncipe los vio desaparecer en la noche; como una diminuta estrella brilló lejos, muy lejos.

El príncipe cayó desmayado. Cuando recobró el sentido, suspiró: *"¡Qué he hecho! ¡He pecado como Adán! ¡Puesto que se ha hundido el Paraíso!"*. Y abrió los ojos, viendo aún a lo lejos la estrella que brillaba como el Edén desaparecido; era la estrella matutina, allá en el cielo. Se incorporó, encontrándose junto a la gruta de los vientos; la madre de éstos estaba sentada a su lado. Le regañó por lo que había hecho y le dijo que si fuese hijo suyo iría derecho al saco.

"Irá a parar al ataúd -dijo la Muerte. Era un hombre viejo y robusto, que llevaba en la mano una guadaña y un gran bieldo negro-. Pero toda-

vía no; le dejaré que siga en el mundo, para que haga penitencia y se mejore. Volveré cuando menos me espere, lo encerraré en un ataúd y volaré con él a las estrellas. También allí florece el jardín del Paraíso, y si ha sido bueno y piadoso entrará en él; pero si hay perversión en sus pensamientos, y en su corazón mora aún el pecado, será precipitado, dentro de su féretro, más abajo de lo que cayó el Paraíso, y sólo una vez cada mil años iré a buscarlo, para hundirlo más todavía, o para conducirlo a la estrella que brilla allá arriba”.

Una vez que conocemos el cuento comenzaremos su análisis.

El deseo del príncipe apunta hacia un lugar, hacia el paraíso terrenal, donde se encuentra el Jardín del Paraíso. Ese lugar sobre el cual nos habla el Génesis de la Biblia y en el que tuvo lugar el pecado original, por el que Adán y Eva fueron expulsados de él, al no acatar la única prohibición que Dios les hizo: *“Mas del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas: porque en cualquier día que comieres de él, infaliblemente morirás”*³.

³ Génesis 2, 17. *Sagrada Biblia*. Ed. Apostolado de la Prensa, S. A., Madrid, 1964.

El príncipe se pregunta por qué se les ocurrió a Adán y Eva comer la fruta prohibida. Su abuela le había hablado de la facilidad con que se aprenden las lecciones en el paraíso, únicamente comiendo sus flores. Justamente eso hicieron Adán y Eva, comieron el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal.

Lo que se aprendía al comer de él era diferenciar lo bueno de lo malo. La barra significativa que separa y diferencia. Saber de la muerte y de la vida, saber del origen del ser y de su fin. Podríamos pensar, por tanto, que lo que el príncipe desea es saber de eso que no encuentra escrito en los libros, saber de su experiencia, saber de su origen, saber de aquello que le constituye como sujeto.

La trama del Edipo⁴ es el relato fundador del inconsciente de cada sujeto, en su núcleo se encuentra la escena primordial, donde se sacraliza el goce más allá de la puerta de la habitación, tiene lugar la relación sexual entre los padres y se desata el goce de la mujer. El padre nombra la ley, palabra simbólica que prohíbe el objeto que hasta ese momento era todo para el hijo. Como tercero prohíbe el acceso al cuerpo de la madre cerrando la puerta y se hace cargo de su goce. A partir de lo cual, el deseo del hijo es marcado como incestuoso, al margen de la ley que lo prohíbe, descubriendo entonces la sexualidad en la mujer, en su madre.

⁴ GONZÁLEZ REQUENA, Jesús. Seminario Doctoral Imagen audiovisual, teoría del texto, psicoanálisis, 1996-1997, sesión 2-XII-96.

La prohibición de la fusión con el objeto supone una herida narcisista. Su sutura simbólica se manifiesta en la superficie como diferencia sexual

y el yo queda anclado en el recién constituido sujeto del inconsciente. El sujeto asume esa ley simbólica que le sujeta, le constituye como sujeto, renuncia al objeto y al mundo imaginario que construyó su yo. Momento en que el ser sabe de la muerte, de la soledad que es su sino y se constituye el deseo dirigido hacia otro objeto en el horizonte, haciéndose posible un relato para él. Gracias a ese relato el encuentro sexual con el objeto se hace posible, justamente en ese lugar sagrado -prohibido simbólicamente- donde el goce, el contacto con lo real se sacraliza.

Si, en cambio, la prohibición procede del objeto resulta insoportable para el yo, pues éste se encuentra en la dualidad del todo-nada. Si es el objeto el que prohíbe el todo, entonces nada. No soportando saber de la nada, de la ausencia del objeto, el yo se aferra al todo imaginario.

El Hada del paraíso, que en el texto ha sido asignada como princesa y madre, prohíbe al príncipe besarla. A la vez que prohíbe empuja al príncipe a saltarse la prohibición, incitándole a seguirla, a entrar en el interior del espacio donde ella duerme, la sala donde se encuentra el árbol de la ciencia del bien y del mal. La habitación de los padres sería el interior del árbol, mas allá de sus ramas, que simbolizarían la puerta.

En el momento de entrar a ese espacio interior, el príncipe escucha: *"¡Hay que conocerlo todo! ¡El hombre es el señor de la tierra!"*. Los bienaventurados, que habitan en el interior de la sala, le animan a traspasar el umbral, a entrar en el interior del árbol y besar al Hada, también le animan a saltarse la prohibición.

El único personaje masculino que es capaz de conmover al Hada, que hace brillar sus ojos de alegría, es el Ave Fénix. Cada cien años el Hada espera noticias suyas a través del viento de levante, quien le entrega una hoja escrita por ella misma donde da cuenta de su vida. El Ave Fénix es capaz de salvarse del fuego, de lo real y resurgir de él cada cien años, siendo así inmortal y representar su experiencia con palabras, de articularla con su escritura.

El Ave Fénix, al que el Hada dirige su deseo, podría ser el tercero, pero no comparece como tal. No enuncia la prohibición, no dona al príncipe una palabra simbólica y no está presente en el momento clave para impedirle el acceso al interior del árbol. No hay en el cuento un padre simbólico que prohíba el acceso a la madre, que nombre la diferencia al hijo y le impida entrar en la habitación. Lo que nos encontramos es que rinde pleitesía al Hada, entregándole a ella su experiencia de lo real, en lugar de darle esa palabra al príncipe y que aún sabiendo de lo real no

muere nunca, se salva de la muerte, de su propia muerte.

El príncipe se encuentra en el Paraíso Terrenal, en la isla de la Bienaventuranza donde jamás llega la muerte, lugar donde la fantasía imaginaria de la fusión con el objeto, en ausencia de límites, se cree posible. Los bienaventurados que allí habitan creen en esa fantasía, sostienen que el hombre puede tenerlo todo. El Hada sabe que algo le está prohibido, que no lo tiene todo, pero no hay nadie que en el interior del árbol se haga cargo de su goce y se lo recuerde al caer el todo imaginario. El Ave Fénix también creería en esta fantasía al ser inmortal.

El príncipe, en ausencia de una ley simbólica procedente de un tercero, no puede resistir a la atracción que ejerce sobre él el Hada, la besa, accede a su espacio interior, a su cuerpo, aún sabiendo que lo pagará perdiendo el paraíso.

De lo que se trata en la resolución del Edipo es de perder el paraíso, de renunciar a la fantasía narcisista, pues ese es el precio de la fundación simbólica del ser, el fin del narcisismo. En ausencia de una palabra simbólica que le constituya como sujeto, que le sostenga ante la pérdida del objeto, ante los envites de lo real del fondo, el príncipe no puede renunciar a él ni siquiera en el momento de haberlo perdido, tras saltarse la prohibición, tras consumir el incesto.

En ese momento de caída, de desaparición del objeto, lo imagina en otro lugar, como diminuta estrella rutilante brillando a lo lejos. El príncipe fantasea que el paraíso no ha desaparecido, sino que está en el cielo, justamente para no aceptar la pérdida definitiva del objeto y su propia muerte. Un modo de evitar el sufrimiento que produce el contacto con lo real, presente en el fondo, tras todo objeto, un modo de contener su angustia mediante la fantasía.

La conciencia de muerte, que surge al disolverse la fantasía imaginaria, nos recuerda que no lo tenemos todo. Que lo real está presente en nuestra vida, en nuestro cuerpo. No podemos olvidarnos de ello, aunque lo intentemos, pues el tiempo va dejando huellas, señales de que algún día nuestra vida tendrá un fin. Como el Ave Fénix, la muerte misma cree en la inmortalidad, al aparecer en el texto, tras la pérdida del objeto y la fantasía que lo niega, para ofrecer al príncipe la vida eterna, en lugar de su fin.

La muerte en el cuento está representada por un hombre, aunque podríamos pensar por su género y sus atributos, la guadaña que siega

los brotes de las semillas surgidas de la madre tierra y el biello negro que las recogería y esparciría, que se trata de una mujer. Esta muerte femenina es quien decide el final de los días del príncipe, quien determina cuándo va a morir, y al mismo tiempo le promete regresar al paraíso. La madre de los vientos, una mujer marcadamente masculina y brusca, se comporta de un modo parecido con sus hijos. Les deja libertad, pero a su regreso les pide cuentas y, si no le gusta lo que han hecho, les mete en el saco, hasta que ella quiera. Representarían a la madre que da la vida y también puede quitarla.

No hay salida posible para el príncipe, no hay modo de salir del paraíso, pues nadie se lo prohíbe realmente, nadie le permite construir un deseo alternativo al de estar en el paraíso narcisista. Más bien todos los personajes, todas las mujeres que aparecen, desde la abuela hasta la muerte, le conducen a él, le animan a creer en él.

Tampoco tendrá la posibilidad de encontrar una princesa, por cuanto no ha habido una prohibición simbólica del objeto. La princesa del cuento es el Hada, su deseo no se dirige a otro lugar, a otra mujer que no sea ella, que no sea la madre.

El padre y la madre del príncipe, que en el cuento aparecen representados por el Ave Fénix y el Hada del paraíso, no le permitirían resolver el Edipo de modo que constituyera su subjetividad, su diferencia sexual, su sexualidad, su deseo inconsciente. La fundación de su inconsciente no tendría lugar. No habría un relato para el príncipe, una tarea que medie su acceso al objeto. No podría soportar el encuentro con lo real, con la ausencia del objeto, en el momento del goce. No podría encontrar una princesa. Ni tampoco podría soportar su propia muerte, si no es fantaseando la vida eterna.

Pasaremos ahora a resaltar la similitud entre algunos datos biográficos⁵ de Hans Christian Andersen y este cuento. Parece como si en él estuviera, como el Ave Fénix, escribiendo su experiencia. En su cuento titulado *El Ave Fénix*, identifica al Ave con la poesía. Durante toda su existencia no quiso ser otra cosa que poeta, que se le reconociera como tal en su país y no cesó hasta conseguirlo. A lo largo de su vida escribió más de 160 cuentos de hadas, así como novelas, libros de viajes, dramas y poesía.

Nació en el seno de una familia extremadamente pobre en Odense, en la isla de Fionia, de Dinamarca, el 2 de abril de 1805. Su padre, Hans Andersen, considerablemente más joven que su mujer, era también hijo único, zapatero de profesión, al que no le gustaba su oficio y lo que más

⁵ Los datos biográficos han sido extraídos de los siguientes textos:

ANDERSEN, Hans Christian: *El cuento de mi vida*. Ediciones de la Torre, Madrid, 1987. Vols. 1 y 2.

NIELSEN, Erling: *Hans Christian Andersen (1805-1875)*. Ministerio de relaciones exteriores de Dinamarca, 1983.

hubiera deseado era estudiar, pero su familia no disponía de dinero para ello. Le consentía siempre que hiciera lo que quisiera. Le leía las comedias de Holberg, los cuentos de *Las mil y una noches*, la Biblia e historias. También le construyó un teatro de muñecos, donde daba rienda suelta a su imaginación. Por lo demás era un hombre melancólico, muy encerrado en sí mismo, al que su mujer no entendía, cuando le contaba algo sobre lo que leía. Su abuelo paterno, también zapatero, llegó a tener un trastorno mental, que le llevaba a vagabundear por las calles vestido de manera estrafalaria. Su abuela paterna era una mujer silenciosa y encantadora que se dedicaba a cuidar del jardín de un Hospital para enfermos mentales. Es a la que se sentía más cercano, él era toda su alegría y felicidad, le adoraba.

Su madre, Anne Maria Andersadarret, era una mujer supersticiosa y activa, que le mimaba mucho. Mayor de tres hermanas, cada una de un padre diferente. Ella no conoció al suyo. Mendigó en su infancia, trabajó de criada y lavandera. Tuvo una hija, Karen Marie, con un hombre casado, que la abandonó cuando nació. Ambas vivieron con su madre hasta que se casó y en lugar de llevarse a su hija al nuevo hogar la dejó en manos de su madre. Dos años después de la muerte de su marido, Andersen tenía once años, se volvió a casar, de nuevo con un hombre joven, también zapatero, el cual muere poco después dejándola en la miseria. Andersen llamaba a su hermana "la hija de mi madre" y no tuvo contacto con ella hasta bastante mayor. Su abuela materna después de tener tres hijas ilegítimas y estar en la cárcel por ello, se casó dos veces, con hombres bastante más jóvenes que ella.

También en la vida de Andersen aparece una ausencia de hombres, así como varias mujeres que vivían en un mundo donde los hombres eran más jóvenes que ellas, estaban ausentes o trastornados. No parece difícil suponer que no existía en esa familia un hombre capaz de hacerse cargo del goce de estas mujeres ni prohibir al hijo el deseo dirigido hacia ellas.

La casa de su infancia, consistía en una sola habitación de reducidas dimensiones que llenaba casi por completo el taller de zapatero del padre, la cama de matrimonio, una pequeña cocina y el banco donde él dormía. La cama de matrimonio la fabricó su padre utilizando unas tablas de madera sobre las que antes había estado expuesto un ataúd con los restos de un conde. En torno al lecho se ceñían unas cortinas floreadas de algodón. Solían dejarle dormir allí al ponerse el sol, pues era muy temprano para abrir su banco, ya que ocupaba demasiado sitio en la pequeña habitación.

Vemos la ausencia de una habitación de matrimonio, ausencia de puerta, en su casa. La cama de sus padres estaba rodeada de una tela floreada y la construyeron con tablas que había estado en contacto con la muerte realmente, a la que él tenía libre acceso. El árbol de la ciencia del bien y del mal, de frondosas ramas colgantes, en cuyo interior habita el encuentro con lo real, con la muerte del sujeto, con la desaparición del objeto.

Uno de sus más vivos recuerdos infantiles, tiene que ver con el jardín del Hospital para enfermos mentales que cuidaba su abuela paterna. Cuando ella quemaba los rastrojos, dos veces al año, iba con ella. Jugaba con las flores, se tumbaba en los montones de hojas y le daban una comida más rica que la de su casa. Los locos inofensivos, así los llama, andaban libremente por el patio donde ellos estaban. Podía escuchar sus cantos y sus charlas. A veces, se atrevía a entrar en la casa, donde estaban los locos de atar, encerrados en celdas. Un día miró por la rendija de una de las puertas. Dentro estaba una mujer desnuda, sentada en un montón de paja, con el cabello suelto, cantando con una preciosa voz. De pronto se precipitó hacia él. Dio tal golpe a la puerta que se abrió la ventanilla por donde le pasaban la comida. La mujer alargó los brazos hacia él. Sintió que le rozaba la ropa. Estaba completamente solo, aterrado. Gritó hasta que llegó un guardián, el cual le encontró medio muerto. La impresión de esta escena no se borró nunca de su mente.

Esta escena nos recuerda al Hada tendida en el suelo, desnuda, y el canto precioso que escucha el príncipe procedente de la sala donde crece el árbol. Es como si se hubiera inspirado en esta experiencia infantil al escribir el cuento o hubiera intentado elaborar la angustia que le produjo a través de él, dándole un sentido.

Su vida adulta la pasó escribiendo, viajando y visitando a personajes importantes. El deseo de viajar, se recorrió casi toda Europa, podría venirle de una promesa que su padre le hizo hacer, poco antes de morir: que viajaría por lo menos tanto como él. Su gusto por los viajes aparece claramente en el cuento. Sus creencias religiosas se reducían a creer en la inmortalidad y la providencia.

En cuanto a su vida sentimental no se casó nunca, de hecho sus biógrafos aseguran que no mantuvo relaciones sexuales, no llegó a conocer la sexualidad femenina, aunque se enamoró en varias ocasiones y tuvo claros deseos de casarse. Las cuatro veces que lo intentó fue rechazado. Y cuando ellas se casaban con otro, se ponía muy enfermo o caía en una profunda depresión. Siendo un hombre maduro, estableció relaciones,

más bien epistolares, con dos mujeres considerablemente más jóvenes que él. Fueron ellas quienes se enamoraron de él, y de su obra, pero no parece que él sintiera lo mismo.

La similitud entre estos datos biográficos y el cuento nos hace plantearnos la posibilidad de que sea el propio autor su protagonista. Y si él es el príncipe que busca el paraíso, sería su estructura psíquica la que hemos analizado en el cuento. Suponemos, por tanto, que a lo largo de su vida trató de elaborar su experiencia a través de aquello con lo que su padre le puso en contacto, la poesía, los textos, sagrados y simbólicos. Aunque no compareciera como padre simbólico, le transmitió la importancia de los textos, que para él tanto significaban. A pesar de que su mujer no lo entendiera, su hijo sí lo hizo.

Así pues, sería en los textos donde Andersen encontró una palabra simbólica capaz de dar cuenta de su experiencia de lo real, donde elaborar su singularidad. Mediante la escritura, sobre todo de cuentos de hadas, pudo soportar su desgarró, su angustia, en los momentos en que su fantasía narcisista, imaginaria, se le venía abajo, dejando a la vista el fondo.

El desarrollo de este trabajo nos llevaría a pensar que Hans Christian Andersen no enloqueció gracias a la escritura, a la poesía, al Ave Fénix. Gracias a los textos.